
5.

El síndrome de la victoria mutilada. Italia, el tratado de Londres y la paz de París

Steven Forti

Instituto de História Contemporânea-Universidade Nova de Lisboa
y Universitat Autònoma de Barcelona*

También en Italia, así como en la mayoría de las principales potencias europeas, hacia finales del siglo XIX se había ido desarrollando un incipiente imperialismo que no se limitaba solamente a los sectores más fervientemente nacionalistas de la sociedad, sino que representaba un estado de ánimo difundido entre los sectores liberales que gobernaban el país y una parte de la diplomacia del Reino de los Saboya. Paulatinamente, se fue constituyendo una opinión, cada vez menos minoritaria, que defendía, además de la conclusión de la unificación nacional con la anexión de las llamadas tierras *irredentas* —es decir, los territorios de habla italiana del Imperio austrohúngaro como Trento y Trieste—, el derecho de Italia a la expansión en el Mediterráneo y África.¹

Es cierto que ya en las décadas anteriores el país transalpino había intentado jugar un papel de gran potencia en ámbito internacional,

* Esta investigación ha estado financiada por los fondos nacionales portugueses a través de la FCT - Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., en el ámbito de la celebración del contrato-programa previsto en los números 4, 5 y 6 del art. 23.º del D.L. n.º 57/2016, de 29 de agosto, modificado por la Ley n.º 57/2017, de 19 de julio.

1. Sobre el imperialismo italiano en la época liberal y el mito de la nación, véase E. Gentile, *La Grande Italia. Il mito della nazione nel xx secolo*, Laterza, Roma-Bari, 2011, pp. 5-155. El término *irredentismo* fue acuñado por Matteo Imbriani en 1877 y pronto trasladado al lenguaje corriente. Véase F. Todero (ed.), *L'irredentismo armato: gli irredentismi europei davanti alla guerra. Atti del Convegno di studi (Gorizia, 25 maggio, Trieste, 26-27 maggio 2014)*, Trieste, Istituto regionale per la storia del movimento di liberazione nel Friuli Venezia Giulia, 2015, 2 vols. Véase también la voz «Irredentismo» de la Enciclopedia Italiana Treccani escrita en una perspectiva nacionalista y hagiográfica en 1933 por Attilio Tamaro, ahora en <[http://www.treccani.it/enciclopedia/irredentismo_\(Enciclopedia-Italiana\)/>](http://www.treccani.it/enciclopedia/irredentismo_(Enciclopedia-Italiana)/>) [consultado el 1/8/2019].

pero, tras la ocupación de Eritrea y parte de Somalia, la derrota de Adua contra Etiopía en 1896 había convencido a las élites del país a decantarse por una estrategia mucho más prudente que se basaba en la búsqueda de acuerdos y un largo trabajo diplomático para la obtención de objetivos concretos. En esta lógica debe leerse la constante renovación —la última fue a finales de 1912— de la Triple Alianza con Alemania y Austria-Hungría, firmada por primera vez en 1882 por las diferencias que separaban a los Gobiernos italianos de la política exterior francesa. Aunque no faltaron las tensiones con Viena por el acuerdo austro-ruso de 1897, la anexión austriaca de Bosnia-Herzegovina en 1908, la gestión de la crisis balcánica en 1913 y, obviamente, las reivindicaciones de Trento y Trieste que reaparecían de forma sísmica cada cierto tiempo, la Triple Alianza fue la «clave de bóveda de la política extranjera italiana» hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.²

En la misma línea de una diplomacia prudente debe leerse también la manera en que se gestionó la guerra contra el Imperio otomano para la conquista de Libia entre 1911 y 1912; un evento que, no se olvide, marcó el comienzo de una serie de conflictos, como las guerras balcánicas, que desembocaron en la Gran Guerra. Para entender la política exterior italiana del período anterior a 1914 debe añadirse una constante preocupación por el mar Adriático, considerado crucial para la defensa de las fronteras italianas, además de un trampolín para la posible penetración en el área danubiano-balcánica.³ En realidad, la estrategia italiana hasta la Primera Guerra Mundial se fundaba en un gran malentendido: la esperanza y la confianza de que Viena, expandiéndose en los Balcanes, cediese Trento y Trieste a Italia, lo que era impensable para la *Doppelmonarchie*, tanto por razones estratégicas como históricas. Este malentendido será clave en las decisiones que tomará la diplomacia italiana en 1914 y la cuestión adriática marcará toda la estrategia de Roma en los años siguientes,

2. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. VIII: La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo (1914-1922)*, Feltrinelli, Milán, 1979, p. 124.

3. No es casualidad que el artículo 7 de los acuerdos de la Triple Alianza fuese justamente dedicado a la cuestión adriática. Véase, entre otros, G. Perticone, *La politica estera italiana dal 1861 al 1914*, ERI, Turín, 1967; E. Decleva, *Da Adua a Sarajevo: la politica estera italiana e la Francia, 1896-1914*, Laterza, Bari, 1971 y, más en concreto, M. Cataruzza, *L'Italia e il confine orientale*, Il Mulino, Bolonia, 2007.

incluidas, ça va sans *dire*, las negociaciones en la conferencia de paz de París.⁴

El tratado de Londres

El asesinato de Franz Ferdinand en Sarajevo en junio de 1914 y el siguiente estallido de la contienda mundial pusieron Italia en una situación delicada. El entonces presidente del Consejo, Antonio Salandra, y el experto ministro de Asuntos Exteriores, el marqués de San Giuliano, en el cargo desde 1910, optaron por la neutralidad. Delante de Viena y Berlín, que presionaban por la entrada en guerra de Roma, el gobierno italiano justificó su decisión tomando al pie de la letra los acuerdos de la Triple Alianza. La austrohúngara era una acción ofensiva contra Serbia —y no defensiva— y además no se había informado previamente al gobierno de Roma: Italia, pues, no tenía ninguna obligación. En realidad, las razones de fondo italianas para no entrar en guerra junto a los Imperios centrales eran otras: por un lado, la falta de preparación militar de Roma, debido también a la reciente guerra italo-turca, y la superioridad militar británica en el Mediterráneo; por otro, el riesgo de un amplio frente antigubernamental entre socialistas y nacionalistas. Los primeros habían dado prueba de que el país podía ser terreno fértil para una revolución social durante la Semana Roja del mes de junio; los segundos, que clamaban por la italianidad de Trento y de Trieste, podían estallar si se marchaba junto a Viena. En verano y otoño de 1914, pues, la diplomacia italiana trabajó entre bamboletas para vender cara su neutralidad, esperando obtener a cambio ventajas territoriales como la cesión austriaca del Trentino.⁵

Sin embargo, la muerte del marqués de San Giuliano en octubre de 1914 y su sustitución por el conservador y convencido triplicista

4. G. Merlicco, «La crisi di luglio e la neutralità italiana: l'impossibile conciliazione tra alleanza con l'Austria e interessi balcanici», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 13-26.

5. Sobre la Semana Roja, véase A. Luperini y L. Orlandini, *La libertà e il sacrilegio. La Settimana rossa del giugno 1914 in provincia di Ravenna*, Giorgio Pozzi Editore, Rávena, 2014. Sobre el nacionalismo italiano, véase F. Gaeta, *Il nazionalismo italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1981.

Sidney Sonnino, además del protagonismo de un heterogéneo frente intervencionista en el país, que iba de los nacionalistas a parte de la izquierda revolucionaria, llevaron a un giro inesperado que se cerró con la entrada en guerra de Italia al lado de Francia, Gran Bretaña y Rusia en mayo de 1915. En esta decisión hubo razones idealistas —las tierras *irredentas*— y estratégicas —buscar la máxima seguridad para el país—, pero también ambiciones coloniales, consideraciones de política interior —el intento de la derecha nacionalista, representada por Salandra y Sonnino, por romper el orden instaurado por el expresidente del Consejo Giovanni Giolitti desde principios de siglo— y la obsesión de la clase dirigente para convertir Italia en una gran potencia, consiguiendo la igualdad con Viena en la Europa danubiano-balcánica y con París y Londres en el Mediterráneo oriental.⁶

Con el tratado de Londres, firmado por los gobiernos de Italia, Gran Bretaña, Francia y Rusia el 26 de abril de 1915, el país transalpino, a cambio de entrar en la guerra al lado de la Entente en contra de los Imperios centrales, obtenía una serie de territorios en los Alpes, el Adriático y el Mediterráneo: el Trentino, el Tirol meridional, la Venecia Julia, Istria hasta el golfo del Carnaro, una parte de Dalmacia (incluidas las ciudades de Zadar y Šibenik, además de diversas islas), la ciudad de Valona (actual Vlorë) y la isla de Sazeno (actual Sazan) en Albania, más allá del reconocimiento de la soberanía en Libia y el Dodecaneso, que Italia había conquistado en la guerra contra el Imperio otomano de 1911-1912. Debido a la oposición de los rusos, Roma no consiguió en cambio ni la totalidad de Dalmacia ni la ciudad de Fiume (la actual Rijeka), reivindicaciones inexistentes, dicho sea de paso, en la opinión pública italiana hasta la finalización de la guerra. Además, en el tratado se añadían unas inconcretas referencias acerca de una zona de influencia italiana en el Imperio otomano —a Roma le tocaría «una parte justa» del territorio anatólico en caso de su repartición— y algún territorio en África. El siguiente 23 de mayo Italia entraba en la contienda, declarando la guerra, en un primer momento, solo al Imperio de los Habsburgo y, posteriormente, el

6. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma*, Bolonia, Il Mulino, 1991, vol. I, pp. 151-162. Véase también G. E. Rusconi, *L'azzardo del 1915. Come l'Italia decide la sua guerra*, Il Mulino, Bolonia, 2005 e R. Pupo, *Fiume città di passione*, Laterza, Bari-Roma, 2018, pp. 52-53.

21 de agosto de 1915 al Imperio otomano y el 27 de agosto de 1916 a Alemania.⁷

Como apuntó Roberto Vivarelli, el tratado de Londres se movía aún en la lógica del «tradicional axioma del equilibrio de fuerzas»: las concesiones territoriales a Italia servían para, en caso de victoria, bloquear el predominio austrohúngaro, tanto en los Balcanes como en el Adriático y limitar la influencia que Rusia habría tenido sobre Dalmacia a través de Serbia. Por otro lado, nadie en las cancillerías europeas, al menos hasta 1916, contemplaba como una opción el desmembramiento del Imperio de los Habsburgo, considerado un factor de equilibrio entre las potencias y, especialmente, una barrera para una temida expansión rusa hasta el Adriático. Muy pocos, además, tomaron en consideración la posibilidad de crear un estado yugoslavo.⁸

Entre Caporetto y Vittorio Veneto

Sin embargo, en el *totum revolutum* de la Gran Guerra las cosas fueron cambiando más rápidamente de lo que muchos esperaban. En Italia las diferentes almas del intervencionismo mostraron sus divergencias. Por un lado, los nacionalistas de Enrico Corradini defendían un «imperialismo retórico» que pedía para Italia el control de buena parte del litoral adriático con la voluntad de sustituir Austria-Hungría en el papel de «opresor de las nacionalidades eslavas».⁹ Por otro lado, los intervencionistas democráticos, representados sobre todo por figuras de la talla intelectual de Gaetano Salvemini y del exsocialista Leonida

7. Sobre Italia en la Primera Guerra Mundial véase, entre otros, A. Gibelli, *La gran guerra degli italiani, 1915-1918*, Sansoni, Milán, 1998 y M. Isnenghi, *Convertirsi alla guerra. Liquidazioni, mobilitazioni e abiure nell'Italia tra il 1914 e il 1918*, Donzelli, Roma, 2015.

8. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo...*, *op. cit.*, vol. I, p. 158. Esto no quita que ya en otoño de 1914 el activísimo Frano Supilo iniciase una operación diplomática reivindicando en París y Londres la unión de todos los eslavos del sur y que en abril de 1915 se constituyese un Comité Yugoslavo presidido por Ante Trumbić. Además, en octubre de 1916 se fundó en Londres, gracias al apoyo de H. W. Steed y R. W. Seton-Watson, la revista *New Europe* cuyo objetivo era la reconstrucción europea sobre la base de las nacionalidades y los derechos de las minorías. Véase L. Valiani, *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, Il Saggiatore, Milán, 1966.

9. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo...*, *op. cit.*, vol. I, p. 176.

Bissolati, eran contrarios a una política imperialista italiana en los Balcanes, tanto por una visión más racional de la *realpolitik* como por el concepto que defendían de nación, fundada en las ideas de voluntad y de libertad. Además, a partir de otoño de 1916 estos sectores democráticos reforzaron la idea de la necesidad para Italia de la amistad con los pueblos eslavos junto a la convicción de la imprescindible disolución del Imperio austrohúngaro.¹⁰

Lo que cambió radicalmente la situación fueron los acontecimientos bélicos y políticos internacionales ocurridos en 1917. El 10 de enero el presidente norteamericano Woodrow Wilson anunciaría los principios del respeto de las nacionalidades y del derecho a la libertad de los pequeños estados, abonando así el terreno para la declaración de guerra a Alemania y el ingreso de Estados Unidos en la contienda el siguiente 2 de abril. Mientras tanto, en Rusia caían los Romanov y la situación política de la nueva República era muy inestable. Asimismo, el 20 de julio el Comité Yugoslavo de Trumbić llegaba a un acuerdo en Corfú con el gobierno serbio en el exilio de Nikola Pašić para la futura constitución de un estado de los eslavos del sur. Además, en Italia la derrota del ejército en Caporetto el 24 de octubre y la llegada de las tropas austro-húngaras a las puertas de Venecia convirtieron la guerra «en un hecho nacional» y favorecieron un «endurecimiento patriótico del país» con la creación del *Fascio Parlamentare di Difesa Nazionale* y el paulatino control del intervencionismo por parte de la derecha nacionalista.¹¹

A todo ésto cabe añadir la conquista del poder por parte de los bolcheviques a principios de noviembre y la siguiente salida de Rusia de la Gran Guerra, sellada con la paz de Brest Litovsk en marzo de 1918. Desaparecía así el riesgo de una expansión rusa en los Balcanes y Austria-Hungría perdía su papel de baluarte para la estabilidad en la Europa Central: se trataba, ni más ni menos, que de los principios so-

10. Ejemplares en este sentido fueron el discurso de Bissolati en Cremona el 29 de octubre de 1916 y las conferencias de Salvemini de finales de 1916 y principios de 1917, publicadas luego en opúsculo con el título *Delenda Austria*, cuya traducción, en 1918 en francés, era todavía más explícita: *Il faut détruire l'Austrie*. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 210-213.

11. R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, 1883-1920, Einaudi, Turín, 1965, pp. 364-372.

bre los que se fundó la estrategia diplomática italiana y se basó el mismo tratado de Londres. Además, la publicación por parte de los bolcheviques de los acuerdos secretos de la diplomacia zarista, entre los cuales se encontraba el tratado de Londres, pusieron en un aprieto al gobierno italiano y crearon tensiones con la administración estadounidense que no reconocía los acuerdos firmados antes de su entrada en guerra y que, con Wilson a la cabeza, se oponía a la diplomacia secreta. Finalmente, en diciembre los Estados Unidos declaraban la guerra también a Austria-Hungría y en enero de 1918 Wilson proclamaba los Catorce puntos, entre los cuales destacaban la voluntad de establecer las fronteras según el principio de nacionalidad y la explícita referencia a la autonomía de los pueblos del Imperio austrohúngaro.¹²

En esta situación, y mientras el nuevo escenario en el frente oriental abría la posibilidad para una paz separada entre Francia e Inglaterra y el Imperio de los Habsburgo con el objetivo de limitar la esperada ofensiva alemana en el frente occidental, el gobierno italiano, presidido tras Caporetto por Vittorio Emanuele Orlando, intentó moverse con antelación para no quedar superado por los eventos. En esta lógica debe leerse el acuerdo entre Andrea Torre y Ante Trumbić del 7 de marzo de 1918 y el Congreso de los pueblos oprimidos por Austria-Hungría organizado en Roma a principio del mes de abril, al cual, de todos modos, el ejecutivo italiano no participó oficialmente. El congreso reivindicó una nueva política exterior para Italia, basada en la disolución de Austria-Hungría, la formación de estados nacionales en el espacio ocupado por la monarquía de los Habsburgo y la colaboración y futura amistad entre Italia y los pueblos eslavos.¹³

Sin embargo, la hostilidad de Sonnino, encadenado psicológicamente al tratado de Londres, hacia un movimiento yugoslavo y su desconfianza hacia los otros movimientos nacionales de los pueblos del Imperio austrohúngaro anularon las posibilidades que el congreso ha-

12. Sobre los acontecimientos del año 1917, véase D'A. Orsi, *1917. L'anno della rivoluzione*, Laterza, Roma-Bari, 2016.

13. F. Leoncini, *Il «Congresso dei popoli soggetti all'Austria-Ungheria» (Roma, 8-10 aprile 1918). L'Italia e la costruzione della nuova Europa: un'occasione mancata* en F. Leoncini y S. Šipos (eds.), *Nazionalità e autodeterminazione in Europa Centrale: il caso romeno*, Quaderni della Casa Romena di Venezia, IX, 2012, pp. 11-30. También, L. Valiani, *La dissoluzione..., op. cit.*, pp. 392-397.

bía abierto. La intransigencia de Sonnino se debía también a razones de política interior: ¿cómo podía justificar el ministro de Asuntos Exteriores delante de la opinión pública tres años de guerra para obtener al final poco más de lo que se había podido conseguir posiblemente con un acuerdo con Viena a cambio de la neutralidad de Roma? En esto ayudaron también los sectores nacionalistas que, asustados por las posibles reivindicaciones territoriales yugoslavas en el Adriático, apoyaron hasta el final a Sonnino —atacado por una campaña de prensa librada por el intervencionismo democrático—, pidiendo el cumplimiento del tratado de Londres en su totalidad y añadiendo territorios que no estaban incluidos, como la ciudad de Fiume y gran parte de Dalmacia.

Los intervencionistas democráticos, en franca minoría en la opinión pública italiana, fueron tildados de *rinunciatari* (renunciatarios) por ser favorables a un acuerdo italo-yugoslavo y al no reivindicar para Italia territorios, como Dalmacia, en que los italianos eran la minoría de la población.¹⁴ Una postura que acabó siendo mayoritaria, o al menos la más visible, al final de la guerra, cuando el ejército italiano consiguió la victoria de Vittorio Veneto, tras romper las defensas austriacas en el Piave. Se decretaba así la derrota sin apelativos del intervencionismo democrático, representada por las dimisiones el 28 de diciembre de 1918 de Bissolati, que en el último año de guerra había ocupado el cargo de ministro de la Asistencia Militar y las Pensiones de Guerra. Como apuntó Francesco Leoncini, en tan solo unos meses «la herencia del Congreso de Roma se había abandonado por completo».¹⁵ Mientras tanto, además, empezaba a conformarse en la opinión pública y parte de la clase política ese síndrome de la «victoria mutilada» que tanto pesó en cómo la delegación italiana actuó en la conferencia de paz de París.¹⁶

14. Véase, L. Monzali, *Gli italiani in Dalmazia e le relazioni italo-yugoslave nel Novecento*, Marsilio, Venecia, 2015. Para las posiciones de los intervencionistas democráticos fue clave el libro de C. Maranelli, G. Salvemini, *La questione dell'Adriatico*, Libreria della Voce, Florencia, 1918. Según Maranelli y Salvemini, a Italia le tocaba Venecia Julia con Pula, Gorizia y algunas islas adriáticas para proteger el litoral italiano, mientras que a Yugoslavia le tocaba toda Dalmacia —cuyo litoral debería ser desmilitarizado— excluidas Fiume y Zadar que se convertirían en ciudades libres.

15. F. Leoncini, *Il «Congresso dei popoli soggetti...», op. cit.*, p. 24.

16. La expresión se debe al poeta Gabriele D'Annunzio, el cual, en un artículo publicado en el *Corriere della Sera*, el 24 de octubre de 1918, escribió «Vittoria nostra, non sarai mutilata!» (Victoria nuestra, ¡no serás mutilada!).

Italia en la conferencia de París

Tras el armisticio con los austro-húngaros de Villa Giusti del 3 de noviembre de 1918, el ejército italiano ocupó los territorios que se les había asignado con el tratado de Londres.¹⁷ A la espera de la conferencia de paz, las tensiones en el gobierno de Roma habían ido en aumento y se había impuesto la fórmula «tratado de Londres más Fiume» que juntaba, por un lado, la defensa sonníniana de la intangibilidad del tratado de Londres y, por otro, añadía la cuestión de Fiume, reivindicada por los nacionalistas y utilizada por el presidente del Consejo Orlando con el objetivo de presionar a los aliados.¹⁸ Se trataba de una «posición anacronística y totalmente infructífera» donde Orlando mostraba un «ilusionismo político para uso interno».¹⁹ Además, la estrategia con que la delegación italiana se presentaba en París se basaba en «elementos de evidente contradicción» entre el principio de potencia (la defensa de lo acordado en Londres, como la frontera en el Brennero que comportaba la integración en Italia de un amplio territorio de población alemana, el Tirol del sur) y el principio de nacionalidad (la reivindicación de Fiume debido a que la mayoría de la población era italiana). Como apunta Raoul Pupo, fue una «base ne-gocial absolutamente irrealística, empeorada además por la falta de preparación diplomática» que llevaba directamente hacia el desastre.²⁰

En diciembre de 1918 los italianos participaron en las reuniones previas a la conferencia de paz que se celebraron en Londres y París junto a los representantes de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, el presidente Wilson viajó en los primeros días de enero a Italia y fue acogido como un héroe, dando pie al malentendido sobre su posición, facilitado por la doble lectura que hacía Orlando. Tras la apertura de la conferencia de paz el 18 de enero, la delegación italiana, formada por Orlando, Sonnino, el expresidente del Consejo Salandra, el diputado triestino e irredentista Salvatore Barzilai y el embajador en París Salvago Raggi, presentó el 7 de febrero una memoria con sus

17. Véase, R. Pupo (ed.), *La vittoria senza pace. Le occupazioni militari italiane alla fine della Grande Guerra*, Laterza, Roma-Bari, 2014.

18. Sobre el fracaso de las grandes ambiciones de Orlando en la conferencia véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix..., op. cit.*, pp. 97-100.

19. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo..., op. cit.*, vol. I, pp. 382, 385.

20. R. Pupo, *Fiume città di passione..., op. cit.*, p. 56.

reivindicaciones: invocando la historia del Imperio romano y de las repúblicas marineras, *in primis* la de Venecia, además del Trentino y el Tirol del sur hasta el Brennero, el gobierno italiano pedía Trieste y toda Venecia Julia, Fiume, gran parte de Dalmacia incluida Split y muchas islas del litoral oriental del Adriático. Es decir, se mantenía en su totalidad la fórmula «tratado de Londres más Fiume».²¹

El aislamiento diplomático de Roma fue absoluto: en primer lugar, los delegados italianos se concentraron tan solo sobre lo que les concernía directamente, mostrando un total desinterés para todo lo demás, sin contar el desconocimiento de la lengua inglesa por parte de Orlando que pesó sobre todo en las reuniones del Consejo de los Cuatro, en el que no participaba Sonnino. En segundo lugar, la distancia con Clemenceau y Lloyd George fue notable: los franceses tenían intereses en el área danubiano-balcánica, mientras los ingleses no querían oponerse a Wilson, además de tener una opinión pública que simpatizaba por los yugoslavos gracias a la obra realizada por Steed y Seton-Watson en los años anteriores. En tercer lugar, la torpeza y la intransigencia italianas dañaron las relaciones con Washington y facilitaron el acercamiento entre Belgrado y Atenas. Finalmente, el presidente de Estados Unidos rechazó tajantemente el tratado de Londres y, aunque en algunas declaraciones fue ambiguo al respecto, consideró desde el primer momento excesivas y egoísticas las reivindicaciones italianas.²²

Para intentar desatascar el bloqueo que se creó entre febrero y mediados de abril, Washington, que reconoció el mismo 7 de febrero al

21. Sobre la delegación italiana en París, véase M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2005, pp. 346-392; S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix..., op. cit.*, pp. 270-300; R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo..., op. cit.*, vol. I, pp. 382-419; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna..., op. cit.*, vol. VIII, pp. 241-257; M. Cataruzza, *L'Italia e il confine orientale..., op. cit.*, pp. 113-128; H. J. Burgwyn, *The Legend of the Mutilated Victory: Italy, the Great War, and the Paris Peace Conference, 1915-1919*, Greenwood Press, Westport, 1993.

22. Al respecto, véase también M. Cataruzza, *L'Italia e la questione adriatica. Dibattiti parlamentari e panorama internazionale (1918-1920)*, Il Mulino, Bolonia, 2014 y F. Le Moal, *La France et l'Italie dans les Balkans, 1914-1919. Le contentieux adriatique*, L'Harmattan, París, 2006. Sobre los planes británicos, véase G. Bajc, «I desiderate e le realtà dei problemi futuri. Il dietro le quinte dei progetti britannici per risolvere la questione giuliano-fiumano-dalmata durante la Grande guerra», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 73-93. Sobre las relaciones entre Italia y la Entente durante la Gran Guerra, véase S. Marcuzzi, «A Machiavellian Ally? Italy in the Entente (1914-1918)», en V. Wilcox (ed.), *Italy in the Era of the Great War*, Brill, Leiden-Boston, 2018, pp. 99-121.

nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, presentó un memorándum el 14 de abril que, si bien no ponía ningún problema a la reivindicación italiana sobre el Tirol del sur —lo que contradecía el principio de las nacionalidades—, establecía una línea en la zona adriática —conocida luego como línea Wilson— según la cual todo el litoral y las islas de Dalmacia pasaban a control yugoslavo. A Italia le habría tocado solo la isla de Lissa (actual Vis) y la ciudad albanesa de Valona, mientras que Fiume habría sido o bien yugoslava o una ciudad libre.

En vez de desatascar la situación, el memorándum de Wilson produjo un enquistamiento del bloqueo con la delegación italiana que se encerró en el Hotel Edouard VII y decidió no participar en las reuniones del Consejo de los Cuatro del 21 y 22 de abril. El día siguiente el presidente estadounidense publicó un mensaje a los italianos en que exponía su propuesta, lo que comportó el abandono de la Conferencia de la delegación italiana. Ofendido, pero también aliviado por el error diplomático de Wilson, Orlando volvió a Roma e impulsó, sin tener mínimamente en cuenta la real situación diplomática italiana, una reacción patriótica para obtener, el 29 de abril, la confianza del Parlamento. Una vez más se había subordinado la política exterior italiana a la política interior donde el gobierno, muy debilitado por la crisis económica, el problema de la desmovilización de las tropas, los riesgos de posibles pronunciamientos militares y el protagonismo del movimiento obrero, se apoyaba en una estrecha y heterogénea mayoría parlamentaria. La de Orlando y Sonnino fue una victoria pírrica, una flor de un día.

De hecho, durante la ausencia italiana, que se prolongó hasta el 7 de mayo, Wilson, Lloyd George y Clemenceau tomaron las decisiones más importantes, como la repartición de las excolonias alemanas y los territorios otomanos en Oriente Medio, además de las reparaciones de guerra alemanas. Tras una especie de ultimátum de lo que se había convertido en el Consejo de los Tres, Orlando y Sonnino (Salandra y Salvago Raggi dimitieron y fueron sustituidos por el ministro Crespi y el embajador Imperiali) volvieron rápidamente a París para que no se considerara decaído el tratado de Londres. Se trató de lo que el intervencionista y futuro líder socialista Pietro Nenni bautizó como la «humillación de la victoria».²³ Sin poder decidir prácticamente nada, los

23. P. Nenni, *Storia di quattro anni (1919-1922)*, Einaudi, Turín, 1946, pp. 24-25.

italianos tuvieron que aceptar las concesiones de los aliados (Sonnino firmó el tratado de Versalles con Alemania el 28 de junio), mientras en el país se difundía la leyenda de la «victoria mutilada» y Orlando, atacado por una durísima campaña de prensa nacionalista, tuvo que regresar a Roma, donde el 19 de junio dimitió, tras haber perdido una votación en el Parlamento.

La llegada al gobierno de Francesco Saverio Nitti, mucho más realista, modificó parcialmente la situación. El trabajo que durante el verano llevó a cabo el nuevo ministro de Asuntos Exteriores Tittoni consiguió paulatinamente rebajar la hostilidad franco-británica, aprovechando también las tensiones que se estaban dando en Fiume entre la población y las tropas de ocupación italianas y francesas.²⁴ Esto explica también que el 10 de septiembre de 1919, cuando se firmó el Tratado de Saint Germain con Austria, Italia consiguió obtener gran parte de los territorios que había reivindicado de modo tan torpe en los meses anteriores: el Trentino y el Tirol del sur, Trieste y Gorizia, Istria, Zadar y buena parte de las islas del alto Adriático.

Fiume, la madre de todas las batallas

Fiume se convirtió inesperadamente en el nudo gordiano de todo. O casi. Por un lado, fue el elemento más problemático de la estrategia de Roma en la conferencia de paz de París y la razón principal del abandono de la delegación italiana con las consecuencias antes mencionadas; por el otro, fue una de las cuestiones de más tensión en el país transalpino entre 1919 y 1920, llegando a influir notablemente en las dinámicas internas italianas. Como escribió en referencia a los italianos el colaborador de Wilson en París, Edward House, «por qué desean ardientemente una pequeña ciudad de 50.000 habitantes, entre que los italianos son poco más de la mitad, es un misterio para mí».²⁵

La situación de Fiume era, sin duda alguna, peculiar, aunque no era una anomalía tan grande en los territorios del Imperio austrohúngaro. La ciudad, de mayoría italiana, era desde finales del siglo XVIII

24. M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 373-375 y 550.

25. Citado por *ibid.*, p. 364.

un *corpus separatum* del Reino de Hungría, es decir un territorio con una amplia autonomía administrativa. Sin embargo, en las zonas periféricas de Fiume, como la pequeña ciudad de Sušak o el interior rural, la mayoría de la población era mayoritariamente croata y eslovena.²⁶ La relación entre el ayuntamiento, las autoridades magiares y los Habsburgo fueron fluidas hasta principios del siglo XX, un período en que la ciudad, sobre todo tras 1870, gracias a la construcción de infraestructuras, se desarrolló económica e industrialmente, convirtiéndose en la segunda ciudad del Reino de Hungría y en su puerto más importante. Las tensiones aumentaron a partir de 1896 cuando se fundó el Partido Autonomista, liderado por Riccardo Zanella, y los irredentistas italianos se hicieron más fuertes, tanto que Budapest clausuró la asociación nacionalista italiana *Giovine Fiume* y, en 1913 y 1914, los irredentistas llegaron a poner dos bombas.²⁷

La proclamación de la independencia de todos los eslovenos, croatas y serbios de Austria-Hungría por parte del Consejo Nacional de Zagreb el 29 de octubre de 1918 provocó que al día siguiente el autoconstituido Consejo Nacional italiano de Fiume declarase la anexión de la ciudad a Italia en base al principio de autodeterminación de los pueblos y se pusiese bajo la protección de Washington. Siguiieron unos días de absoluta incertidumbre: el 4 de noviembre el destructor italiano Stocco atracó en Fiume, pero los marineros no bajaron a tierra; el 15 de noviembre las tropas serbias entraron en la ciudad; el 17 de noviembre entraron como respuesta las tropas italianas, que en los dos meses anteriores habían ido ocupando los territorios que Roma había obtenido con el tratado de Londres; en los días siguientes, finalmente, se decidió que la ciudad tuviese una ocupación interaliada, prevalentemente italiana y francesa —aunque los italianos eran franca mayoría—, a la espera de la resolución de la cuestión en la conferencia de paz de París.²⁸

La «humillación» de Orlando y Sonnino en París, además de la decisión de Nitti de desmovilizar al ejército, provocaron un aumento

26. En esas décadas también aumentó rápidamente la población de la ciudad: de 18.000 habitantes en 1869 a 48.000 en 1910. Los italiano-hablantes pasaron de 9.000 en 1880 a 17.492 en 1910, mientras que los croatas y eslovenos de 8.000 a 15.262 y los húngaros de 400 a 6.493. Véase, R. Pupo, *Fiume città di passione...*, *op. cit.*, p. 21.

27. *Ibid.*, pp. 3-37.

28. *Ibid.*, pp. 44-48.

de las tensiones en Fiume. El 6 de julio de 1919 un choque entre militares italianos y franceses se saldó con seis muertos entre los galos: la Comisión interaliada que se creó para esclarecer el suceso decidió acabar con la prevalencia italiana en la ciudad del Carnaro. Nitti intentó aprovecharse de la situación para quitarle importancia a Fiume en el debate político italiano, pero los irredentistas fiumanos se negaron y buscaron el apoyo de D'Annunzio. Además de haber acuñado la expresión de «victoria mutilada» y haber sido un héroe de guerra, el excéntrico y carismático poeta había escrito el anterior mes de enero la Carta a los dálmatas en que clamaba contra Wilson y pedía la italianidad de todas las tierras del litoral croata, incluida Fiume. De ahí surgió la llamada marcha de Ronchi, un pueblo en las afueras de Trieste, desde donde en la noche del 11 al 12 de septiembre D'Annunzio marchó hacia Fiume junto a un par de centenares de legionarios, a los cuales se fueron sumando en el camino otros hasta llegar a la cifra estimada de casi 6.000 hombres. La ciudad fue abandonada por las tropas italianas y francesas para evitar un posible baño de sangre y, en el caso italiano, una sedición dentro del ejército que pudiese convertirse en un pronunciamiento contra el gobierno de Roma: así, sin disparar un solo tiro, Fiume fue «tomada» por los legionarios. La *impresa di Fiume*, como se bautizó en los ambientes nacionalistas, remachó con fuerza el control italiano de la ciudad: superados los primeros días de preocupación y viendo que el motín no iba a más, el gobierno de Roma intentó congelar la crisis y jugó con la ambigüedad para rentabilizar la situación a nivel diplomático con los exaliados.²⁹

Durante dieciseis meses la ciudad dálmatas se convirtió en un microcosmos *sui generis*: una verdadera «esperiencia mística» con altísima movilización política, proyectos aparentemente descabellados —como la Liga de Fiume, una especie de nonata anti-Sociedad de Naciones, lanzada por Leone Kochnitzky— y una relación peculiar y novedosa entre el jefe carismático D'Annunzio y el pueblo, que Mussolini estudiará con atención y utilizará en las décadas siguientes. Fiume, considerada por los que estuvieron ahí como *città di vita* (ciudad de vida), fue el punto de encuentro de nacionalistas y excombatientes, pero también de sindicalistas revolucionarios (como Alceste De Am-

29. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, vol. VIII..., *op. cit.*, pp. 284-297; F. Gerra, *L'impresa di Fiume*, Longanesi, Milán, 1974-1975, vol. I.

bris, jefe de gabinete de D'Annunzio desde enero de 1920, que elaboró la Carta del Carnaro, una constitución muy avanzada socialmente promulgada el siguiente mes de septiembre), anarquistas y vanguardias artísticas. Fiume fue también una especie de fiesta, en todos los sentidos, tras los cuatro años de guerra, con figuras inclasificables como Guido Keller, prácticas como la del naturismo, la piratería —que abasteció a la ciudad junto a la asistencia dosificada enviada por el gobierno italiano— y la utilización de drogas o experiencias como la del grupo Yoga, la Unión de Espíritus Libres Cercanos a la Perfección.³⁰

Sin embargo, más allá de la rebeldía de la experiencia dannunziana, la llama de Fiume, cada vez más aislada, se fue apagando poco a poco, aunque dejó un poso importantísimo para entender el movimiento fascista y las estrategias de comunicación de Mussolini.³¹ A partir de mediados de 1920, la evolución del cuadro internacional facilitó que se encontrase una solución para la ciudad del Carnaro. Por un lado, Washington, tras la enfermedad de Wilson y la hostilidad del Congreso hacia su proyecto de la Sociedad de Naciones, apostó por un marcado aislacionismo en política internacional, de manera que los yugoslavos, que además tenían problemas internos de mayor enjundia que el de Fiume, perdieron su principal apoyo. Por otro, la caótica situación europea, marcada por las revoluciones comunistas en Alemania y Hungría, los problemas fronterizos en otras latitudes de la Europa central y oriental, así como la crisis económica y financiera, otorgaron a Italia, por primera vez en la posguerra, una posición de fuerza: ante Londres y París (con quien había limado asperezas en la Conferencia interaliada de Spa y los encuentros de Lucerna y Aix-les-Bains entre agosto y septiembre de 1920) Roma podía presentarse como una potencia que facilitara la estabilización en los Balcanes. Por último, aunque la propaganda nacionalista continuase queriendo dar la batalla por Fiume con un Mussolini mucho más perfilado sobre esta cuestión, el gobierno italiano

30. Sobre la experiencia de Fiume, véase F. Gerra, *L'impresa di Fiume*, Longanesi, Milán, 1974-1975, 2 vols.; R. de Felice, *D'Annunzio politico, 1918-1938*, Laterza, Roma-Bari, 1978, pp. 3-140; M. A. Ledeen, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume*, Transaction Publishers, Piscataway, 2002; C. Salaris, *Alla festa della rivoluzione*, Il Mulino, Bolonia, 2002; R. Pupo, *Fiume città di passione...*, op. cit., pp. 98-138. Sobre Kochnitzky, véase sus memorias fiumanas L. Kochnitzky, *La quinta Stagione o i centauri di Fiume*, Zanichelli, Bolonia, 1922.

31. Véase, entre otros, F. Cordova, *Arditi e legionari d'annunziani*, Marsilio, Padua, 1969 y F. Perfetti, *Fiumanesimo, sindacalismo e fascismo*, Bonacci, Roma, 1988.

había conseguido controlar la situación. Además, el retorno de Giovanni Giolitti a la presidencia del Consejo en junio de 1920, junto a la presencia del experto Carlo Sforza en el ministerio de Asuntos Exteriores, permitió adoptar un enfoque aún más pragmático en política exterior que en los tiempos de Nitti. El anciano estadista piemontés envió un mensaje conciliador a Belgrado, rompiendo con la visión de una Yugoslavia enemiga de Roma y, como veremos, abandonó cualquier pretensión sobre Albania. Esto llevó el 12 de noviembre de 1920 a la firma por parte de los gobiernos italiano y yugoslavo del tratado de Rapallo según el cual Roma reconocía el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, al mismo tiempo que garantizaba sus fronteras ante posibles pretensiones revanchistas austro-húngaras, mientras Belgrado aceptaba las fronteras establecidas en el tratado de Londres (poniendo fin así a las reivindicaciones eslovenas y croatas sobre Venecia Julia) y obtenía toda Dalmacia, excluida Zadar y un par de islas, a cambio de conceder a los italianos de la región la facultad de optar por la ciudadanía italiana. Para Fiume se acordó crear un estado libre de pequeñas dimensiones (para que la población italiana pudiese ser mayoría) conectado a Italia por una estrecha franja de tierra en el litoral. Además, en una carta secreta, Roma se comprometía para el futuro a ceder a Belgrado Sušak (es decir el puerto de Porto Barros) y crear un consorcio entre ambos países para administrar el puerto de Fiume.

El gobierno italiano conseguía así una frontera estratégicamente segura en el Adriático (pero con casi medio millón de eslavos bajo la administración de Roma, mientras que en territorio yugoslavo quedaron tan solo unos 15.000 italianos) y aseguraba la independencia de Fiume, bajo influencia italiana, de Yugoslavia. Pese a los ataques de los nacionalistas, el tratado de Rapallo fue juzgado satisfactoriamente por la mayoría de la opinión pública (incluso el mismo Mussolini, mucho más pragmático que D'Annunzio) y Giolitti pudo enviar el ejército a Fiume en lo que se conoció como la «Navidad de sangre» (24-31 de diciembre de 1920). La resistencia de los legionarios d'Annunzianos causó un conflicto que se saldó con unos sesenta muertos. Finalmente, tras los acuerdos de Abbazia (actual Opatija), D'Annunzio aceptó abandonar la ciudad a principios de enero de 1921.³²

32. Véase, R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma*, Il Mulino, Bolonia, 2012, vol. III, pp. 111-123; R. de Felice,

No obstante, el nuevo estado fiumano tuvo una vida breve. La experiencia del gobierno de los autonomistas de Zanella, que en otoño de 1921 se convirtió democráticamente en el primer y único presidente del Estado libre, fue abortada ya en marzo del año siguiente por un golpe de estado de los sectores favorables a la anexión a Italia, apoyados por los soldados italianos presentes en la ciudad. La crisis política que se estaba viviendo debajo de los Alpes, con las violencias de las escuadras fascistas que ponían patas arriba al país y la debilidad de un estado liberal sobrepasado por los acontecimientos, facilitaron el golpe de mano en Fiume, junto al desinterés que la opinión pública demostró tras la «Navidad de sangre» por la ciudad del Carnaro. Otra vez en un limbo, la situación de Fiume encontró una solución definitiva, al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, con Mussolini ya sólidamente en el poder tras la marcha sobre Roma. El 27 de enero de 1924 se firmaba el pacto de Roma, un nuevo acuerdo entre los gobiernos italiano y yugoslavo según el cual se establecía un tratado de amistad de duración quinquenal entre los dos países, la anexión italiana de Fiume y la soberanía yugoslava sobre Porto Barros, además de la cesión en alquiler a Belgrado por cincuenta años de un sector del puerto de Fiume. Entre 1924 y 1925, el gobierno de Mussolini firmó otros tratados sobre diferentes cuestiones con el estado yugoslavo, aunque el parlamento de Belgrado no los ratificó por las presiones del partido croata de Radić sobre el ejecutivo de Pašić y los intereses italianos en Albania. En los años siguientes, la política fascista oscilará continuamente entre la amistad con Belgrado y el apoyo al revisionismo húngaro, además de la financiación a los movimientos separatistas croatas, como los Ustacha.³³

Mussolini il rivoluzionario..., op. cit., pp. 635-655; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, vol. VIII..., *op. cit.*, pp. 336-342.

33. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, vol. IX: *Il fascismo e le sue guerre (1922-1939)*, Feltrinelli, Milán, 1981, pp. 158-168; R. Pupo, *Fiume città di passione...*, *op. cit.*, pp. 147-156. Sobre las violencias fascistas y la crisis del estado liberal, véase F. Fabbri, *Le origini della Guerra civile. L'Italia dalla Grande guerra al fascismo (1918-1921)*, UTET, Turín, 2009.

Más allá de Fiume: Albania, el Egeo, Anatolia y África

La cuestión de Fiume, y más en general la del norte del Adriático, estuvo conectada estrechamente con la albanesa por los intereses geopolíticos de Roma y de Belgrado en ese territorio. Tras las guerras balcánicas de 1912-1913, Albania accedió a la independencia gracias al apoyo de Roma y de Viena: los italianos querían tener una influencia económica sobre el pequeño reino gobernado por Guillermo de Wied y evitar una ocupación griega, mientras que los austrohúngaros querían impedir la salida al mar de Serbia. Como hemos visto, en el tratado de Londres la Entente concedía la soberanía italiana sobre la ciudad de Valona y la isla de Saseno: además se repartía el territorio del pequeño reino entre Serbia, Montenegro y Grecia, dejando en el centro un pequeño estado musulmán semiindependiente del cual la representación en el exterior se otorgaba a Italia. Sin embargo, durante la guerra el reino albanés sufrió las consecuencias del conflicto con los intentos de invasión austrohúngara, el paso por su territorio del ejército serbio que se refugió en Corfú y el desembarco del contingente militar italiano —enviado con el *imprimitur* de Londres y París— que en 1916 llegó a sumar unos 100.000 hombres. En este contexto, se dio, en junio de 1917, la proclama de Argiroastro (en albanés Gjirokastra) en que el general italiano Ferrero, de acuerdo con Sonnino, aseguraba la futura independencia de Albania bajo protección italiana. Al final de la contienda, las tropas transalpinas ocuparon casi todo el pequeño estado, pero Albania fue el único territorio que Sonnino no incluyó en el memorandum italiano en París, aunque Francia y Gran Bretaña se opusieron a las reivindicaciones de la delegación albanesa.

Una primera solución se encontró con el acuerdo entre el presidente griego Venizelos y el ministro de Asuntos Exteriores italiano Tittoni a finales de julio de 1919 que se enmarcaba en la política más pragmática del ejecutivo de Nitti tras la «humillación» de Orlando y Sonnino: Italia apoyaba las reivindicaciones griegas sobre Argiroastro y aceptaba ceder a Atenas el Dodecaneso, excepto la isla de Rodas, además de reconocer el control helénico sobre Esmirna, mientras que Grecia apoyaba el mandato italiano en Albania central y reconocía la soberanía italiana en la parte sur-occidental de Anatolia. Sin embargo, este acuerdo se quedó en papel mojado. El problema fue que, en un primer momento, aumentaron las tensiones entre las tropas italianas y

los albaneses que, tras haber constituido un gobierno unitario en Tirana, acorralaron a los italianos en la ciudad de Valona y, en un segundo momento, cuando el gobierno de Nitti decidió enviar más soldados a Albania, las tropas, acuarteladas en Ancona, se amotinaron. Recién llegado al gobierno, el 2 de agosto de 1920, Giolitti, que estaba trabajando para encontrar una salida al bloqueo en Fiume y quería cerrar otras carpetas abiertas como la albanesa, firmó un acuerdo en Tirana según el cual Italia retiraba las tropas de Albania excepto en la isla de Saseno que mantenía bajo su control. Hasta la penetración fascista de los años siguientes, completada con la ocupación militar de 1939, Italia se desentendía, al menos parcialmente, de Albania.³⁴

Como se vio en el acuerdo Tittoni-Venizelos, la cuestión albanesa se entrelazaba también con la del Egeo oriental y entraba de lleno en las relaciones entre Roma y Atenas. Como se recordaba más arriba, en el tratado de Londres a Italia se le concedió una «parte justa» de Anatolia en caso de repartirse Turquía al final de la guerra. Durante el conflicto, Sonnino intentó conseguir un acuerdo escrito que garantizase a Italia el control de un amplio territorio en Asia Menor, también para recuperar el terreno perdido por los acuerdos secretos entre Londres, París y Petrogrado de 1914, en los que Rusia obtendría Estambul y los Dardanelos, y 1916 con el acuerdo Sykes-Picot. Aprovechando la debilidad rusa tras la revolución de febrero, en la reunión celebrada el 19 de abril de 1917 en Saint-Jean de Maurienne, franceses y británicos aceptaron que Esmirna fuese ocupada por los italianos y que Roma obtuviese una amplia zona de influencia tanto en el litoral anatólico como en el interior, entre las actuales ciudades de Edremit y Mersin. Sin embargo, los acuerdos dependían de la conformidad de los rusos: así que, debido a los acontecimientos de los meses siguientes con la salida de los bolcheviques de la guerra y la condena wilsoniana de la diplomacia secreta, todo se quedó en aguas de borrajas.

Dando prueba de una total falta de realismo político, en la primavera de 1919, Roma reivindicó la validez de los acuerdos de Saint-Jean de Maurienne y envió sus tropas a Antalya y Marmaris. Pero, debido a

34. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna*, vol. VIII..., *op. cit.*, pp. 24-35; 314-325; A. Beccherelli, «L'Albania nella politica estera italiana (1913-1920)», en A. Beccherelli y A. Carteny (eds.), *L'Albania indipendente e le relazioni italo-albanesi (1912-2012). Atti del Convegno in occasione del centenario dell'indipendenza albanese (Roma, 22 novembre 2012)*, Edizioni Nuova Cultura, Roma, 2013, pp. 45-65.

la hostilidad que la delegación italiana había encontrado en París y a la nula participación italiana en las batallas de Gallipoli y en la ofensiva en Macedonia, a principios de mayo, con Orlando y Sonnino en Roma, Wilson, Lloyd George y Clemenceau apoyaron la reivindicación griega sobre Asia Menor y las tropas griegas desembarcaron en Esmirna. Todo quedaba otra vez en entredicho. Además, en los meses siguientes, el gobierno italiano tuvo que centrarse en otras problemáticas, a partir de la de Fiume. Anatolia quedaba, pues, muy lejos.

La resolución definitiva se concretó en la conferencia de Lausana de 1923 que modificó por completo el tratado de Sèvres de agosto de 1920: tras la salida italiana de Albania y el cierre parcial de la cuestión de Fiume, en un contexto completamente distinto —tanto por la llegada al gobierno de Mussolini en Italia como, sobre todo, por la derrota griega ante el ejército de Kemal Atatürk— Roma obtuvo finalmente el reconocimiento de las islas del Dodecaneso, que Italia mantuvo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, pero perdió, así como Londres y París, la zona de influencia en Anatolia que se había acordado en Sèvres. Las tensiones no acabaron de todos modos en Lausana: un mes más tarde, a finales de agosto de 1923, estallaba otra vez la tensión entre Roma y Atenas a raíz del asesinato en la zona de Ioánina del general Tellini, responsable de la misión militar italiana encargada por la Sociedad de Naciones de fijar la frontera griego-albanesa. Tras haber enviado un ultimatum inaceptable por Atenas, Mussolini bombardeó y ocupó militarmente la isla de Corfú que abandonó un mes después gracias al acuerdo internacional que desbloqueó el conflicto.³⁵ Lo que siguió es otra historia que va mucho más allá de la conferencia de paz de París y sus más directas consecuencias.

Cabe, sin embargo, añadir un último elemento: el africano. Al final de la Gran Guerra, Italia mantuvo las colonias que había obtenido en las décadas anteriores, es decir Eritrea, una parte de Somalia y Libia. En la conferencia de paz de París, preocupada principalmente por la cuestión adriática, Italia no reivindicó casi nada en África, aunque

35. M. Macmillan, *París 1919..., op. cit.*, pp. 533-539; F. Imperiali, «Il miraggio dell’Oriente. L’Italia e gli accordi di San Giovanni di Moriana», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 53-71; G. Candeloro, *Storia dell’Italia moderna, vol. IX..., op. cit.*, pp. 158-168. Sobre la política exterior fascista, véase E. Collotti, con la colaboración de N. Labanca y T. Sala, *Fascismo e politica di potenza: politica estera, 1922-1939*, La Nuova Italia, Florencia, 2000.

en los años anteriores el ministerio de las Colonias había llegado a pedir las Somalias francesa y británica, Etiopía, el nordeste de Kenia, una parte de Egipto y hasta Angola. Además, en el momento en que Lloyd George y Clemenceau se repartieron las colonias alemanas, Orlando y Sonnino habían abandonado la conferencia. Hubo solo una excepción: Jubalandia, bajo control británico desde la última década del siglo XIX. En el tratado de Londres de 1915, Gran Bretaña se comprometió a ceder a Roma esta franja de territorio fronteriza con la Somalia italiana. En la conferencia de paz de París se confirmó el compromiso y con el acuerdo colonial italo-británico firmado el 15 de julio de 1924, el gobierno de Mussolini conseguía el control de Jubalandia (en italiano Ol-tregiuba), que Italia mantuvo, como las otras colonias de África Oriental, hasta 1941, cuando fueron ocupadas por los británicos.³⁶

La paz de París: ¿una derrota o un éxito?

La conferencia de paz de París pasó a la historia como una derrota diplomática italiana. Mejor dicho, como una humillación sin paliativos. Italia, un país victorioso, vivió la posguerra psicológicamente como un país derrotado, un caso sin duda único. El mito de la «victoria mutilada» se impuso en la opinión pública e influenció notablemente las decisiones políticas de las élites liberales en el poder, además de ser gasolina para el incipiente movimiento fascista que llegaría al poder también por esta razón en octubre de 1922. La percepción fue que el más de medio millón de hombres que murieron en las montañas del Carso y del Trentino fueron inútiles y que las grandes potencias no respetaron al Reino de Víctor Manuel III. De ahí la política exterior que defendió Mussolini en los años siguientes: el objetivo era el de hacer pedazos el orden de Versalles, buscando alianzas en una lógica revisionista, como con la Hungría de Horthy y luego con la Alemania hitleriana, para vengarse del *diktat* de Versalles.

36. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. IX...*, *op. cit.*, pp. 158-168; M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 346-392. Véase también C. Mammarella y P. Cacace, *La politica estera dell'Italia. Dallo Stato unitario ai giorni nostri*, Laterza, Roma-Bari, 2006.

Sin embargo, si se levanta el velo de la propaganda y la retórica, en realidad Italia podía considerarse más que satisfecha de lo obtenido en París y en los cinco años posteriores, cuando se cerraron las diferentes carpetas aún abiertas. Aún más teniendo en cuenta la torpe gestión que hizo la delegación italiana en la primera mitad de 1919. Como hemos visto, por un lado, el gobierno de Roma consiguió prácticamente casi todas las reivindicaciones planteadas en el tratado de Londres, excluidas la ciudad de Valona y el área de influencia en Anatolia por los acontecimientos ocurridos después de la firma de los tratados de Saint Germain y de Sèvres. Por otro lado, obtenía también la ciudad de Fiume y veía reconocida la soberanía en los territorios ocupados tras la guerra italo-turca de 1911-1912. En pocas palabras, Italia salió de la guerra fortaleciendo y asegurando sus fronteras en los Alpes y el Adriático, además de poder tener una clara zona de influencia y de penetración en los Balcanes, el Egeo oriental y en buena parte del Mediterráneo. No era poco para un país que había «nacido» poco más de medio siglo antes.